

## CAPITULO XV.

### En el Rio Negro.

—¿Estamos acercándonos á los límites de las posesiones portuguesas? preguntó Humboldt al Padre Zea, que se hallaba sentado en frente de él en la canoa.

—Ciertamente, contestó éste; comienzan en la desembocadura del Parime al Rio Negro.

—Pero aquella está léjos todavía, opinó Bonpland.

—Siempre se necesita andar con precaucion, dijo el Padre. No estamos en Europa, donde los límites se fijan con estacas y se miden por piés. En estos inmensos bosques es difícil señalarlos aún por leguas. Además, la España y el Portugal están siempre en disputas

á causa de los límites, y por este motivo suponen los habitantes de las fronteras un enemigo en cada portugués, y de aquel lado, otro en cada español: por lo mismo podéis estar seguros de que si os encuentran practicando medidas, os tratarán como espías sin mas averiguacion.

—Esta no es buena expectativa, dijo Soto. Al fin tendria yo que ser conducido al Brasil como prisionero, en lugar de volver á los brazos de mi prometida, que me estará esperando con ansia.

—¡Vaya! exclamó Bonpland riendo. Parece que ya se os acabó la paciencia, y que el deseo de ver á la novia se ha sobrepuesto al de la investigacion en favor de la ciencia.

—Eso no, replicó Soto; pero no sé qué cosa me ha producido inquietud en estos últimos dias.

—Esta inquietud es muy dulce, dijo Bonpland chaceándose. Ella consiste en el goce de las felicidades que se os aproximan.

—Y estos sentimientos tienen su completa justificacion, dijo Humboldt. Yo estimo un feliz matrimonio, como lo mas bello y sublime de la vida humana, porque sé de mi hermano, que los goces domésticos son la mejor recompensa para la actividad del hombre. Eurípides decia: «El mayor de los tesoros en la tierra, es una noble compañera.»

—¡Maroa! gritó en estos momentos el patron de la canoa.

Todos pusieron atención, viendo en efecto de lejos una pequeña congregación de indios, que en los mapas llevaba el soberbio nombre de «Misión de San Maroa,» aunque no consistía más que en unas veinte chozas.

Llegando allí, dispuso Humboldt detenerse. Los viajeros visitaron este lugar, donde fueron bien recibidos por el misionero y los indios. Allí compraron algunos ejemplares vivos del *Piápoco*, una especie de ave en que se desarrolla la inteligencia lo mismo que en los cuervos domesticados.

En esta ocasión se informó Humboldt con el misionero de Maroa, sobre la causa de que en las orillas del Río-Negro hubiera menos aves acuáticas que en las del Ca-  
ciquiari, Meta y Arauca.

—Esto consistió, contestó el misionero, en que el Río Negro tiene menos hondonadas y menos vegas descubiertas.

—¿Y no contribuirá también la calidad de sus aguas negras? preguntó Bonpland.

—Ciertamente, contestó el misionero. Las aguas del Río-Negro son demasiado puras para que pudieran vivir los insectos acuáticos, que sirven de alimento á las aves.

—Dios bendiga á estas aguas negras, exclamó Soto. Ellas son tal vez lo último que recuerda al país de Jauja.

—¿Por qué?

—No hay aquí la plaga de los mosquitos.

Un ruido original en el aire llamó en estos momentos la atención de todos.

El misionero se sonrió. Luego se dirigió á Humboldt diciéndole:

—Parece que pertenecéis á la raza de los mortales privilegiados.

—¿Por qué? preguntó Humboldt.

—El cielo mismo parece haber tomado á su cargo la contestación á vuestra pregunta. ¡Mirad!

Los viajeros siguieron con su vista la dirección que indicaba el misionero. A la orilla opuesta del río, se veía como una nube negra y espesa.

—¿Qué es aquello? preguntó Humboldt. ¿Habrá una tempestad?

—No son nubes, sino inmensas bandadas de patos silvestres.

La masa de estas aves era tan colosal y tan infinita, que oscurecía el cielo.

—Cuando el Orinoco sale de su cauce, dijo el misionero, emigran los patos de Norte á Sur. (1) Estos animales dejan en este tiempo el valle del Orinoco, porque al subir las aguas inundando las riberas, no encuentran peces, insectos acuáticos, ni gusanos para su alimentación. Al pasar por el Río-Negro, los matan los indios á millares.

(1) Del 3° hasta 8° L. N. y del 6° al 4° L. S.

—¿Y son buenos y agradables al paladar? preguntó Soto.

—Pronto lo vereis, contestó el misionero. En su marcha para el Ecuador están muy gordos, y su carne es deliciosa; pero en el mes de Setiembre, cuando bajan las aguas del Orinoco, vuelven los patos del rio de las Amazonas dirigiéndose al Norte, y entónces están muy flacos.

—¡Bien para los pobres animales! exclamó Soto, riendo; porque así escapan de sus perseguidores.

—En efecto, dijo el misionero, y esto tanto mas, cuanto que les acompaña una especie de garza, que proporciona un alimento sabrosísimo.

—¡Bravo! exclamó Soto, alegremente, ya veo que estos indios del Rio Negro son gastrónomos, porque en Marzo comen patos, y en Setiembre garzas.

—Y en el intermedio..... hormigas, dijo el misionero, riendo.

—¡Puff! exclamó Soto, no me convidaré para ese plato.

Todos rieron. Humboldt despues de haber meditado un poco, dijo:

—Esta emigracion de las aves, que hacen con tanta regularidad de una á otra region de los trópicos, en una zona en donde todo el año subsiste una misma temperatura, es en efecto un fenómeno muy extraordinario.

—Es verdad, contestó Bonpland; lo mismo sucede ca-

da año, en tierra firme, cuando los ríos salen de madre, viniendo muchas bandadas de aves acuátiles desde el Orinoco y sus tributarios hasta las costas meridionales de las Antillas, aunque la diferencia de temperaturas entre ambas regiones, es imperceptible.

—Se debe suponer, dijo Humboldt, despues de alguna reflexion que, entre los trópicos, el cambio de seca y abundancia de agua tiene la misma influencia sobre las costumbres de los animales, que en nuestros climas los cambios de temperatura. El calor del sol y la caza de insectos, llevan en los países septentrionales de los Estados Unidos y en el Canadá aun á los colibrís, hasta una latitud igual á la de Paris y Berlin; del mismo modo hace emigrar la mas fácil pesca á las aves acuátiles del Norte al Sur del Orinoco, al rio de las Amazonas. Nada es mas prodigioso que esto, y aun tan oscuro con respecto á Geografía, como las emigraciones de las aves relativamente á su direccion, extension y destino final.

En este momento llegaron algunos indios, cargados con una multitud de patos. Al mismo tiempo vieron los viajeros á los indígenas ocupados en matar con hondas á los patos que pasaban. Humboldt conoció que estos animales eran los patos llamados *carreteros*, y encontró su carne de muy buen gusto.

Mucho interes inspiraban tambien á los viajeros los colibrís, de los cuales encontraban un sinnúmero en las misiones. Estos magníficos pajaritos, que con sus picos

muy agulos y sus lenguas en forma de tenedor, los rodeaban en todas partes, produciendo con sus alas un zumbido original, eran apenas un poco mas grandes que nuestras abejas, y volaban con mucha velocidad de una flor á otra, para extraer su miel. En el sol, parecian piedras preciosas que volaban.

Al dejar Humboldt y sus compañeros á Maroa, pasaron por la desembocadura del Aquio, y después por la del Tomo. En este rio vivian los indios Cheruvichachenas, el-cual era de importancia en razon del contrabando que por él se hacia en las posesiones portuguesas. El rio Tomo se aproxima mucho en su curso al rio Guaicúa y por él llegan algunas veces indios fugitivos del Rio-Negro inferior, á la mision de Tomo. Los viajeros no visitaron esta mision; pero les refirió de ella el Padre Zea, que los indios en Tomo y Maroa se habian dispersado un dia, por haberseles querido obligar á bailar la famosa *danza del diablo*.

—¡Danza del diablo! repitieron los viajeros casi unisonos. ¿Qué significa esto?

—Esta danza, contestó el Padre Zea, es aquella con que conjuran los piaches al espíritu maligno Joloquiamo. Los misioneros de las estaciones mencionadas tuvieron la fatal ocurrencia de querer abolir esta ceremonia supersticiosa entre los indígenas, haciéndola ridícula por medios burlescos, para demostrar á los neófitos que Joloquiamo no tenia ya poder sobre ellos. Algunos jóvenes indios consintieron, mediante la promesa de

los misioneros, de hacer el papel del diablo, y con este objeto se les habia adornado con plumas negras y amarillas, así como con pieles de tigre y sus correspondientes colas; pero la creencia antigua de sus padres estaba mas arraigada en ellos que la nueva, de manera que cuando vieron al supuesto diablo, gritaron como locos: «¡Joloquiamo!» «¡Joloquiamo!» y huyeron á los montes. Después tuvieron los misioneros mucho trabajo para hacer volver á una parte de los fugitivos, y lograr que permanecieran en la mision, abandonando para siempre el proyecto de hacer ridículo al diablo de los indígenas.

—¡Qué ocurrencias tan extrañas, dijo Humboldt, le vienen algunas veces al monge ocioso que pasa su vida en los bosques, lejos de todo lo que le puede recordar la civilizacion humana!

—Lo mas extraño es, replicó el Padre Zea, que se trataba de hacer representar por fuerza y públicamente en Tomo y Maroa la danza del diablo, al mismo tiempo que los misioneros tenian empeño en abolir todas esas danzas, como la de los muertos, la de la trompeta sagrada y la antigua de serpientes.

—¿Qué clase de danzas son estas? preguntó Bonpland.

—La danza de las serpientes, dijo el Padre, la ejecutan casi todas las tribus de los indios. Los danzantes representan en ella una leyenda, segun la cual estos

astutos animales se introducen con los hombres, viviendo con ellos para engañarlos y robarles sus mujeres.

—Es original, exclamó Bonpland. Se podría creer que esto tiene relacion con lo del paraíso de la Biblia.

—Difícilmente, contestó Humboldt. La seducción y la astucia se encuentran en todas partes, y la serpiente pasa por símbolo de esta última.

—¿Y qué significa la danza de la trompeta sagrada? preguntó Soto.

—Los pueblos del Orinoco superior, contestó el Padre, lo mismo que los de Atabapo é Iniride, no adoran otras divinidades que á las fuerzas de la naturaleza, como lo hacian tambien los antiguos germanos y los persas. Al principio del bien le llaman Cachimana, que es el Manítú, el Gran Espíritu que gobierna las estaciones y hace madurar los frutos. Junto al Cachimana está el principio del mal, Joloquiamo, que no es tan potente como el primero; pero sí mas astuto y mas activo. Los indios de los bosques que vienen algunas veces á las misiones, muy difícilmente pueden formarse una idea de la significacion de un templo, ó de una imágen, etc.; «A estas buenas gentes, me dijo un dia un misionero, les agradan mas las procesiones al aire libre.» El otro dia, en la fiesta de San Antonio, patron de mi aldea, presenciaron los indios de Iniride la ceremonia de la misa. Entónces me dijeron: «Vuestro Dios se encierra en una casa como si estuviera viejo y enfermo. El nuestro está en el bosque, en el campo, en la sierra

de Sipapu, de donde viene la lluvia.» Entre las tribus mas numerosas y ménos bárbaras se forman congregaciones religiosas muy originales. Unos pocos indios viejos presumen saber las cosas divinas mas profundamente que los otros, y por eso son los custodios del célebre botuto, cuyo instrumento hacen resonar debajo de las palmas, para que estos árboles den una buena cosecha. En las orillas del Orinoco no hay ninguna imágen de dioses, como sucede en todos los pueblos que han permanecido fieles al culto de los objetos de la naturaleza; pero el botuto, la trompeta sagrada, se ha hecho el objeto de la veneracion entre ellos. Para estar al tanto de los misterios del botuto, es necesario ser célibe y de costumbres muy puras, y los que conocen estos misterios se sujetan á la flagelacion, á los ayunos y á otras penitencias. Estas trompetas sagradas son en muy corto número, y la mas célebre se encuentra en una loma, cerca de la confluencia del rio Tomo con el Rio Negro. Se dice que su sonido se oye á la vez en Tuamini y en la mision de San Miguel de Davipe, quince leguas distante de aquel lugar. Segun el informe del Padre Cerezo, refieren los indios del rio Tomo acerca de este botuto, que es objeto de mucha veneracion en las poblaciones de las cercanías. Se ponen frutas y bebidas embriagantes junto á esta trompeta. Ya la toca el Gran Espíritu, Cachimana, ya anuncia éste su voluntad por medio del que la tiene en depósito. A las mujeres, que generalmente están excluidas de todo culto, les es

tambien prohibido ver este instrumento maravilloso, y la que tiene la desgracia de verlo, se le mata sin misericordia.

El Padre Zea contó ademas, que en el año de 1798, habia tenido la dicha de salvar á una jóven, á quien un pretendiente celoso y vengativo inculpó de haber seguido por curiosidad á los indios que tocaban el botuto. No se habrian atrevido á matarla públicamente; pero siendo muy probable que la hubieran envenenado, como la misma muchacha aseguraba, tuvo que mandarla á una mision del Orinoco inferior.

Con tales conversaciones se entretuvieron en el dia, hasta que pasaron la desembocadura del Caciquiare, que conduce á las aguas negras del Rio-Negro una gran masa de agua de color natural, sin que por esto cambien de color en lo mas mínimo las aguas del Rio-Negro. Al anochecer llegaron á una isla que el patron llamaba de *Dapa*.

Allí pernoctaron, y se sorprendieron al ver en esta isla que consideraban inhabitada una hoguera, al rededor de la cual se hallaban cuatro indios enteramente desnudos, y que permanecieron inmóviles cuando vieron á los europeos.

Estaban precisamente tomando su cena, que consistia en una masa de color blanco con manchas negras. Eran *vachacos*, es decir, grandes hormigas que en la parte posterior tienen una especie de globito en que se les cria una grasa muy nutritiva. Se les seca junto á la

lumbre, donde el humo les dá un color negruzco. (1) Costales enteros de estos animales se hallaban colgados arriba de la lumbre.

Los indios comian estas hormigas con tal apetito, que no se dejaban interrumpir de los viajeros.

—¿Este es el país de Jauja? preguntó Bonpland á su amigo Humboldt.

Una mirada llena de compasion fué la respuesta de este último.

Al acercarse á una de las chozas de hojas de palma, encontraron allí á catorce hombres, enteramente desnudos, acostados en las hamacas, los que tampoco se movieron, mientras de otra hamaca salian dos muchachas bonitas, tambien desnudas, y que se acercaban á los viajeros con desembarazo, preparándoles luego unas tortas de yuca ó casave. (2)

Humboldt les hizo preguntar por el Padre Zea, que hacia de intérprete, si la isla era fértil, á lo que contestaron que la yuca se daba mal; pero que *era un país de muchas y buenas hormigas, y que se vivia bien allí*.

En efecto, en aquellas regiones se mantienen muchas tribus de indios solo de hormigas.

Cuando estaban listas las tortas de yuca sacó el Padre Zea de un costalito algunas hormigas ahumadas,

(1) Viajes etc., tomo 2º pág. 472.

(2) Klenke. "Alejandro de Humboldt." Viajes, etc.

y mezclándolas con la torta, las tomó con mucho apetito. También Humboldt, Bonpland y Soto intentaron comer estas tortas, pero no pudieron.

—¡Puff! exclamó Soto, riendo alegremente. Mi paladar está muy acostumbrado á los alimentos europeos, para que pudiera pasar este pastel de hormigas.

—Teneis razon, dijo Bonpland. Sabe á manteca rancia, mezclada con migajon de pan. (1)

—¡Oh país de Jauja, país de Jauja! exclamó Soto; ¿cómo se divertirá mi amada Arabela cuando le cuente de tít

Entre tanto, comenzó á llover á torrentes, y los viajeros tuvieron necesidad de pernoctar en la choza, que tenia mucha gente. (2)

Fué una fortuna para ellos, que las dos muchachas los recibieran bien, y á esto debieron el haber pasado la noche lo menos mal posible.

Los indios durmieron solamente de las ocho de la noche á las dos de la mañana. Despues platicaron en sus hamacas y se levantaron á preparar una bebida amarga, llamada cupana, la que tomaban quejándose del frio, sin embargo de que la temperatura era de veintiun grados.

La costumbre de estar levantados cuatro ó cinco horas antes de salir el sol, es general entre los indios de

(1) Viajes, etc., entrega 6ª pág. 380.

(2) Hecho positivo.

la Guayana, y esta circunstancia aprovechan los misioneros en su *cacería de almas*, para sorprender á estos pobres indígenas, cuando están en el primer sueño, con el objeto de llevarlos como esclavos á las misiones, con el pretexto de la conversion.

Al otro dia por la mañana al dejar Humboldt y sus amigos la choza y la isla, les acompañaron las dos muchachas hasta la orilla, regalándoles Bonpland y Soto algunos corales, que recibieron con mucho agrado, y habria sido bastante la menor indicacion para que siguieran á los viajeros con mucho gusto.

Despues de una navegacion de doce horas, llegaron al fuerte de San Carlos del Río Negro, situado á 1° 54' 11" L. N. Era esta la primera estacion límite con las poblaciones portuguesas. La guarnicion se componia de..... diez y siete hombres y del comandante del fuerte, que era un teniente, quien recibió á los viajeros con mucha amabilidad.

Desde un corredor de la casa, se gozaba de una hermosa vista sobre tres islas muy pobladas de árboles. El rio corria allí casi en línea recta de Norte á Sur, como si su cauce se hubiera construido por la mano del hombre. Junto á la casa habia un par de hermosos árboles [*Bertholetia excelsa*,] que son los mismos que dan las almendras de forma triangular, llamadas en Europa «almendras del rio de las Amazonas.»

A pesar de que el comandante los recibió con muestras de hospitalidad, comenzó á notarse en él la descon-

fianza que había indicado el padre Zea, relativamente á la cuestion de límites, porque al expresar los viajeros el deseo de ver una trinchera, á la que daban allí el pomposo nombre de «Castillo de San Felipe,» y que está al frente de San Carlos, á la orilla occidental del Rio-Negro, tuvo recelo el comandante de dar el permiso á Humboldt y á Bonpland, aunque estaba anotado en sus pasaportes que podian medir las montañas y ejecutar operaciones geodésicas en los puntos que lo estimasen conveniente; pero no decian nada de las *plazas fuertes*. Sin embargo, este permiso lo obtuvo Soto en su calidad de oficial del ejército español, y despues de haber hecho uso de él, se volvió, diciendo en su tono burlesco:

—Dios bendiga á la España, que en todas partes se dá á conocer.

—¿Por qué? le preguntaron.

—¿Os acordais del noble D. Ignacio, y de sus nobles señoras esposa é hija, D<sup>a</sup> Isabel y D<sup>a</sup> Manuela?

—¿Quién podrá olvidar á tan singular familia? dijo Humboldt.

—Me acordé involuntariamente de estos personajes al ver el *castillo de San Felipe*, contestó Soto. Grandes pretensiones en estos bosques vírgenes, y nada de positivo. Allí, en un espacio muy reducido, encontré los trabajos preliminares de unas trincheras, las cuales si estuvieran concluidas, necesitaban para su defensa quinientos hombres por lo ménos.

—¿Y las obras de fortificacion que no nos dejaron ver? preguntó Humboldt, sonriendo.

—Esto es precisamente lo gracioso, contestó Soto. No las habriais visto, aunque hubiéseis ido conmigo, porque..... no existen. *Toda la fortaleza* consiste en unos fosos apenas visibles, en forma de cuadrado. La trinchera tiene cinco piés de altura. Frente al rio hay dos bastiones en que se podrian colocar cuatro ó cinco piezas de artillería.

—¿Y no hay alguna?

—Hay cuatro; pero..... sin cureñas, y guardadas por dos soldados.

En aquel instante entró el comandante al cuarto, seguido de un soldado mal vestido. Luego que saludó á los viajeros, se dirigió á su subordinado, preguntándole con un tono muy grave:

—¿No hay novedad?

—Todo está quieto en la fortaleza, contestó el guerrero.

—Está bien, dijo el oficial.

Y el otro dió media vuelta, desapareciendo luego.

—¿Qué farsa, qué cosa tan parecida á lo de D. Ignacio! dijo Soto al oido de Bonpland.

Este y Humboldt tuvieron que morderse los labios para no reir.

El comandante se dirigió entonces á Humboldt, diciéndole:



—He sabido que teneis intencion de navegar en el Rio-Negro, hasta llegar á su nacimiento.

—Sí, contestó Humboldt. De allí, segun vos nos habeis dicho, tenemos entónces que navegar en el rio de las Amazonas, por veinte ó veintiocho dias, para llegar á las costas del Brasil.

—Es verdad, contestó el comandante; pero no os lo aconsejo.

—¿Por qué? preguntó Humboldt, sorprendido; no comprendo.....

—Se os está esperando en la frontera portuguesa, á causa de haberse sabido en el Brasil, por medio de los periódicos, que teniais que venir á las misiones del Rio-Negro para investigar el canal natural que une los dos sistemas de rios.

—¿Hay en esto algo que pueda comprometer la seguridad del Estado?

—Para los que piensan, no, contestó el comandante con mesura y gravedad; pero en estos bosques inhabitados, solo se han visto instrumentos en manos de la comision de límites, y los subalternos del gobierno portugués no pueden comprender la causa que mueva á un hombre de juicio, para emprender un viaje largo y penoso, con el objeto de medir un país que no es suyo.

—Siempre el mismo cuento, dijo Humboldt á Bonpland, y ambos recordaron lo que el buen misionero les dijo á su tiempo sobre el mismo asunto.

—¡Creedme! dijo el comandante, á quien la incredu-

lidad de Humboldt parecia disgustar. Se han dado las órdenes necesarias para apoderarse de vuestra persona y de vuestros instrumentos; pero particularmente de vuestro diario de observaciones astronómicas, que segun dicen pone en peligro la seguridad del Estado portugués.

—¡Imposible! exclamaron los tres amigos.

—Si lo creis así, nada tengo que añadir, contestó el comandante algo incómodo.

—¿Pero de dónde habeis sabido todo esto? preguntó Humboldt.

—Por uno de mis exploradores, que hace pocos dias volvió de la trinchera portuguesa de San José de Maravitanes.

—¿Y en efecto se ha mandado aprehendernos? preguntó Humboldt.

—Existe la órden de llevaros presos por el rio de las Amazonas, y de allí remitiros á Lisboa.

—¡Cielos é infierno! exclamó Soto como burlándose; ¿y mi boda?

El comandante miró de reojo al jóven, y luego dijo con calma:

—Al daros el aviso, señores, lo he hecho con la mejor intencion. Ahora haced lo que os parezca.

Y con esto saludó á lo militar, con tanta gravedad como si se hallara al frente de un regimiento. Levantóse de la habitacion.

Humboldt paseaba meditabundo en el cuarto; al fin dijo:

—Malhadado contratiempo, porque si es cierto, peligrará mucho la realizacion de nuestro viaje, que hemos calculado en cinco años.

—Yo no creo ni una palabra, dijo Bonpland.

—Ni yo tampoco, dijo Soto. El buen hombre quiere darse importancia.

—Sin embargo, es necesario andar con precaucion, dijo Humboldt. Reflexionad que estos hombres son de inteligencia limitada. Soy, pues, de opinion que avancemos hasta la isla de San José, que es el punto mas al Sur de las posesiones españolas. Acaso allí sabremos algo mas de positivo.

En la mañana siguiente, Humboldt y los suyos se hallaban en camino para San José.

## CAPITULO XVI.

### Una sorpresa.

Habian pasado ocho dias, cuando Humboldt, Bonpland, Soto y el Padre Zea, seguidos del mulato y de un indio que les servia de guia, pasaban por un espeso bosque del territorio de los Caribes, en direccion á las orillas del Orinoco. El patron con la canoa, les seguía por las ondulaciones de un riachuelo.

En las facciones de Humboldt, constantemente tan apacibles, se notaba una lijera sombra de disgusto, y tambien Bonpland carecia de su buen humor acostumbrado; solo Soto no podia ocultar cierta satisfaccion, motivada por el pensamiento de hallarse de retorno, y